

## Del escritor y sus medios

ANTONIO CHICHARRO

**M**E llevaría un buen número de líneas explicar al lector qué entiendo por oportunidad y por oportunismo. Pero no voy a hacerlo. Baste saber que escribo este artículo movido, creo, por la oportunidad, porque conviene hacerlo en este momento, en el que ese vasco cordial que es Gabriel Celaya se encuentra desde hace semanas en su casa recuperándose de los malos momentos vividos y en el que por supuesto está muy baja la cotización periodística de las noticias que rodearon la enfermedad del poeta, estando al alza de nuevo las que se relacionan con su poesía.

Se escribió, como sin duda recuerda el lector, bastante al respecto. Se escribió además, como se comprende, demasiado deprisa, quiero decir, con mucha lástima o rabia suelta, con demagogia incluso, con el deseo a veces torpe de recoger ganancias ideológicas, políticas, etc.: lo normal. Sin embargo tengo la impresión de que, salvo alguna excepción, se hizo una lectura muy plana de todo este asunto, quedando muchos cabos sueltos y, lo que no debe dejarse de lado, quedando en el silencio, por desconocimiento o desconsideración, las propias reflexiones del poeta sobre la situación social del escritor actual. Aquí radica fundamentalmente la oportunidad de mi intervención.

Vaya por delante una afirmación de principio: independientemente de cuál fuera y de cuál sea la situación económica del poeta, lo que importa más es conocer que, peseta arriba o peseta abajo, Gabriel Celaya apostó en su momento todo lo que tenía por un modelo social para este país que no ha podido ser. Celaya colgó los hábitos de empresario para darse definitivamente a la poesía y a otro tipo de vida. Por eso, el estado carencial del poeta, que no sólo hay que reducirlo al aspecto económico, fractura social para algunos rápidamente escayolada que explica el rubor y el eco sociales largamente mantenidos, es la demostración de su dignidad personal, creadora y política, esto es, resulta en este caso paradójicamente la única riqueza de la que puede presumir un todavía significativo sector de la izquierda de este país. Para mucha gente ser no equivale necesariamente a tener.

Por otra parte, ni que decir tiene que el dinero no paga en cualquier caso ni un buen verso de Celaya, aunque finalmente su poesía, como toda actividad artística, tenga un precio histórico difícilmente cuantificable ahora. Sin embargo, en perfecta contradic-

ción con este complejo modelo social de tantas prisas económicas y de tanta compraventa y brutal especulación, resulta esta situación no sólo una magnífica lección de coherencia personal y política, insisto, sino también una clarísima concreción histórica de la situación del escritor contemporáneo. Por esta razón merece la pena dar un giro de tuerca a esta cuestión ayudados por las mismas herramientas que un día proporcionara el propio poeta y crítico.

Acabo de decir que Celaya apostó por dedicarse enteramente a la poesía. Efectivamente, el lector debe saber que en 1956, cargado con la mala conciencia que le producen sus frecuentes visitas al taller y su contacto con los obreros de la empresa que dirigía, animado por su mujer a tener una vida literaria total, Celaya lo deja todo y toma la decisión de trasladarse a Madrid: «Al fin, en 1956, cerré los ojos y me lancé a lo que siempre había deseado: el amor, la poesía, la libertad. No fue fácil. Porque para hacerlo tenía que renunciar a mi nombre, a mi posición social (sucía pero cómoda), a mi estado civil, a mi ciudad (mi adorable y siempre adorado San Sebastián) y a mi puesto de Ingeniero-Gerente que era mi único recurso económico».

Una vez en Madrid y dada la crítica situación económica, Celaya hace algunos «trabajos absurdos», aunque relacionados con la actividad intelectual y literaria. Probablemente esta experiencia fue la que le llevó a escribir un importante y clarividente artículo, «El escritor y sus medios», de 1958 (Insula, 137), donde denuncia y analiza la situación real del escritor en este sentido y donde toca necesariamente el tema de la relación del escritor con el público, así como la cuestión del «segundo oficio», independiente o literario: plantea Celaya la lamentable situación económica del escritor español como consecuencia de un desajuste en el mercado literario, desajuste que no podrá corregirse reduciendo la oferta, sino aumentando la demanda. Llega a la conclusión de que el escritor español no puede vivir hoy de lo que escribe y, a pesar de ello, escribe, lo que viene a significar que un escritor es un trabajador, pero un trabajador muy especial, en tanto su labor exige grandes esfuerzos y no es compensado económicamente y en tanto, en lugar de objetivar un producto, se encarna en él. Citando a Carlos Marx («Max Pressburg» para la censura), afirma que el escritor no considera nunca su trabajo como medio, sino que es un fin

en sí al que sacrifica su existencia, lo que significa que el escritor ha comprendido la marcha del movimiento histórico moderno y se produce al margen de todas las coerciones propias de la sociedad en que ha nacido y todavía vive. Este desinterés por lo económico es una manera de romper el orden social burgués, sometido a determinadas leyes económicas, etc., y explica la actitud inconfornista de la literatura desde el romanticismo para acá.

También señala en su artículo cómo el escritor independiente, cuyas actitudes rebeldes son aplaudidas por la burguesía liberal en un principio, al seguir la marcha del movimiento histórico moderno se siente desasistido y pierde su público que no quiere pasar de ciertos límites: no acepta la última ruptura. Como el escritor no encuentra su público, éste ha de crearlo mediante la desalienación personal y colectiva a través de los medios que tiene: los libros.

No hay que perder de vista que, a pesar de los últimos movimientos sísmicos de tipo ideológico y político que llevarían a matizar algunos aspectos del artículo, las afirmaciones de Celaya siguen siendo válidas para explicar globalmente la situación social del escritor actual en sociedades como la nuestra: la pérdida, por modificación, de la función social del artista con la imposición de la industrialización y de la ideología economicista, la contradicción entre trabajo útil y la aparente inutilidad de raíz de los trabajos literarios, la existencia de un divorcio entre escritor y público (masivo), etc.

A partir de aquí se pueden comprender situaciones como las que salpicaron las páginas de los periódicos e imágenes como las que carroñeramente saltaron en una televisión en un sentido más que personal. También se puede aprovechar la ocasión para reflexionar sobre las posibilidades y dificultades estructurales de solución existentes con vistas al futuro de la generalidad de los escritores, individuos en parte escritos al margen de esta página social. En cualquier caso el papel de la administración pública en este asunto resulta fundamental en un sentido que vaya más allá de la práctica de la caridad pública, esto es, en el sentido de que se convierta en un instrumento de justicia social, si es que estructuralmente puede serlo.

Mientras tanto, peseta arriba o peseta abajo, no hay dinero para comprar la escasez de muchos escritores y, cómo no, de Celaya.